

## Sueños

Soñé algo extraño. Cuando desperté, un sabor acre inundaba mi boca, mi lengua, mis labios...

Anoche todos los héroes de mi infancia se habían esfumado. Aquellos deslumbrantes dioses y semidioses de la antigüedad habían desaparecido. Ulises, Aquiles, Agamenón, Edipo... Todos corrían hacia un túnel oscuro y plano. Electra, Orestes, Edipo no tenían voz y los teatros, en Grecia, estaban llenos de monstruos deformes con ojos en forma de moneda, brillante e hiriente, boca de caja registradora y dientes como teclas de cajeros automáticos. Ingurgitando cheques. Escupiéndolos.

Antígona se había sentado sobre una roca, a la entrada de la gruta, estaba muda. Miles de monedas cayeron de un cielo rojo. La sepultaron. Luego, un centauro corrió hacia unos bosques rojos que de pronto se precipitaron en un abismo.

La voz de una sirena triste, se convertía en una espiral de sonidos estridentes, llamada de fábricas y recreos de colegios.

Luego no quedó nada. Sólo un mundo del que se había ido la luz, la alegría.

Desperté sobresaltado, agitado. La televisión estaba encendida, frente a mis ojos los tertulianos de los programas de debate, repetidos, como siempre, volvían a hablar, con palabras repetidas, de tiburones financieros (qué culpa tendrán los pobres tiburones de la fluctuaciones de la economía mundial, siempre ajenos, en su mar libre, a las últimas transacciones económicas y devaneos políticos, para que los comparen con banqueros), discutían de insuficientes decisiones políticas, analizaban a los indignados como si fuesen extraños y dañinos seres que no comprendían el funcionamiento del sistema..., hablaban desde una posición fría, distante, como si ellos no pertenecieran a este mundo.

Todos creamos mundos para refugiarnos en una actitud de vida indiferente a la solidaridad. Inventamos excusas para hablar de un individualismo responsable, desde el que podemos aportar muchas cosas a este caótico mundo. ¿Acaso no nos damos cuenta de que vivimos en sociedad? Y de que este hecho es irremediable. Somos seres sociales, no sociables por desgracia, en muchas ocasiones.

No podemos refugiarnos sólo en las ideas, en nuestros espacios creados desde el bienestar para contemplar desde lejos lo que sucede. No vivimos en mundos virtuales. Habitamos ciudades, pueblos reales en los que gente vive en chabolas, en los que niños trabajan por sueldos míseros y dejan de ser niños cruelmente, en las que la comida escasea para muchos, en las que mujeres son apuñaladas por reclamar una voz

propia, en las que el comportamiento de los encargados de la ley nos hace dudar de que aún exista la palabra justicia... Y otras tantas cosas. Y más sueños en la papelera.

No podemos cambiar nuestro punto de vista para ver que la realidad es múltiple, que lo que ven los que buscan las sobras en la basura, no es lo mismo que lo que vemos sentados en la mesa de un restaurante.

Hace unos meses visité Bolivia, hermosa y doliente, como casi toda América. En Santa Cruz de la Sierra participé en actividades de formación de lectores. Un día algunos escritores y narradores participamos en una acción con niños de San Isidro, un barrio de destartaladas chabolas, de senderos de barro y basura, de gente con ojos brillantes y mirada curiosa. Los niños comprendían las metáforas mágicas de los cuentos, los reyes y los fastuosos castillos; eran capaces de viajar sobre unicornios hacia las palabras melodiosas del juego literario, pero no fueron capaces de meterse en un cuento que hablaba de niña que vivía en una casita muy pobre, una pequeña casita que sólo tenía una cocina, un baño, una salita y la habitación. "Esas casas son las de ricos": dijo una niña. Lo imaginario nos hace iguales, la realidad nos destruye como personas.

El punto de vista desde el que narramos la realidad nos hace construir un pensamiento determinado, deforme a causa de la ceguera con la que miramos el mundo.

Estamos indignados, sí pero de qué, pregunto yo. Me gustaría que la indignación fuese más amplia, que pensásemos que los cambios tienen que ser profundos.

Cuando los hermanos Grimm publicaron los músicos de Bremen no sabían que estaban hablando de la actualidad, que la Europa convulsa que han construido las máquinas de mi sueño nos va a hacer cambiar desde dentro. La humanidad, como aquellos músicos, intenta huir hacia un mundo ideal, como los músicos de Bremen no se sabe si llegarán a ese mundo idílico, pero han comprendido lo importante que es hablar, encontrarse, dialogar...

Desperté de otro sueño. El Partenón seguía. Imponente y luminoso surgía de los riscos para dictar al mundo su canto inmortal del arte. La única verdad que nos habla de la grandeza y de la miseria de los humanos.

Grecia estará siempre inmortal y eterna en el interior de quienes soñamos. Las ideas son indestructibles.

Ernesto Rguez. Abad